

LA GUAASA

CELEBRIDADES



El Pito

10 céntimos

RICARDO CALVO

FABRICA DE CAPSULAS PARA BOTELLAS

CON ROSCA Y SIN ELLA

ENVASES ESPECIALES

y toda clase de objetos de hoja-de-lata, zinc, estaño, materiales nikelados, etcétera.

MOLDES PARA CHOCOLATE, DE UNA SOLA PIEZA

CON PATENTE DE INVENCION

Calle de la Universidad, 35 y 37, Barcelona

ELIXIR RIOLA

Este maravilloso Elixir es el único y radical remedio que cura pronto y con rapidez el escorbuto, úlceras (llagas), de la boca y la piel, grietas (talls) de los pechos, hemorragia é inflamación de las encías, fortificándolas y evitando la oscilación de los dientes. Basta consumir uno ó dos frascos de este Elixir para alcanzar la completa curación.—Unico depósito en Barcelona, calle Fuente San Miguel, 2, Farmacia de Carreras.—Véndese en todas las farmacias.

Taller de cristales grabados

DE

JUAN SAGALÉS

VIDRIERAS DE COLORES PARA IGLESIAS

RÓTULOS DORADOS, MUSELINAS y todo lo concerniente al ramo de cristalería

Sepúlveda, 188 (cerca la ronda Universidad)

BARCELONA

GRAN TALLER

de

AZOGAR LUNAS

de

Mr. GUSTAVE FOUQUET

ASALTO, NÚM 100

BARCELONA

Centro para el reparto y venta de periódicos y demás publicaciones;

DON JULIÁN RODRÍGUEZ

corresponsal de LA GUASA.

Ancba San Bernardo, 27; bajo

MADRID

Manzana 19

LA GUASA

SEMANARIO FESTIVO. LITERARIO É ILUSTRADO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle del Rosellón, número 80, piso 1.º, 2.ª pta.

GRACIA (BARCELONA)

Unico encargado del reparto y venta en Barcelona

Kiosko EL SOL de D. F. Gallardo, Rambla del Centro

BARCELONA

Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Sr. Director de LA GUASA, Rosellón, 80, 1.º, 2.ª, Gracia [Barcelona]

El Hombre limpio

PODRÁ haber hombres limpios, pero ninguno como don Trifón, inspirado droguero de la calle de Arganzuela, que se pasa la vida frotándose las uñas con un trapito mojado en leche de vaca y tiene una funda para la nariz, á fin de que no le entre polvo mientras duerme.

Don Trifón no puede transigir con la falta de aseo, y lo primero que hace, cuando recibe un nuevo dependiente, es sumergirle en un cocimiento de palo de jabón y polvos de Segovia, para que suelte todas las moléculas adheridas á la piel, y adquiera el brillo necesario.

En aquel domicilio no se permiten las manchas, sean las que sean, y en cuanto oye subir las escaleras al aguador, ya le está diciendo desde arriba cariñosamente:

—Toribio, ¿tienes confianza en el calzado? Si crees que puede contener alguna adherencia sospechosa, no subas.

—Vengo limpio, D. Trifón, puede usted olerme, si gusta.

El droguero se acerca á Toribio y aplica la nariz con resolución. Después dice:

—Ya que no hay otro remedio, pasa, pero hueles á oveja.

Para evitar esta desgracia, D. Trifón ha regalado á Toribio un frasco de agua de Colonia, encargándole que se frote la piel en ayunas y se rocíe ligeramente la ropa; pero Toribio tiene un olor natural que se sobrepone á todos los perfumes conocidos, y huele hoy lo mismo que el día en que llegó de su tierra, en compañía de un tío suyo y de una cabra.

Todas las personas que viven bajo la fécula de D. Trifón, están pasando las penas del purgatorio, porque él las atormenta sin cesar con la manía de la limpieza, y á lo mejor se mete en la cocina para pasar revista á los platos y enterarse por sí mismo de todo cuanto se relaciona con el aseo.

—A ver—dice á la criada—pásale un paño á este barreño para que brille; sacude estas patatas con el plumero; no me gusta verlas tan oscuras.

—Pero si es su color natural!—replica la criada.

—No importa. La patata es susceptible de mejora, si se la limpia con esmero. ¿Es esta la botella del aceite?

—Sí, señor.

—Pues, cepíllala.

A fuerza de cuidados está la casa de Don Trifón que dá gusto verla, y eso que va allí de visita frecuentemente su cuñado D. Cristeto, hombre ordinario, que no se limpia las botas en el felpudo de la puerta, ni quiere colgar nunca el sombrero en la percha del pasillo, ni hay quien le haga escupir dentro de un precioso recipiente de cristal lleno de serrín que ha colocado D. Trifón en medio de la sala para que lo utilicen sus amigos y no desmejoren la alfombra.

—Mira, Cristeto—ha dicho el droguero á su cuñado más de una vez.—O escupes con la debida pulcritud, ó perderemos las amistades y el parentesco.

—¡Hombre, no seas exagerado!

—Y á ver si te lavas el pescuezo, que parece una chimenea.

—Tú no tienes autorización para intervenir en mis carnes.

—Hablo en nombre de la decencia y de la higiene.

—Vete á paseo.

Casi siempre acaba la cuestión de mala manera, porque D. Cristeto se ofende y sale á la calle echando demonios, mientras Don Trifón se pone á arreglar las fundas de la sillaría que ha arrugado el otro al sentarse; y muchas veces va á la cocina, coje un trapito mojado y se pone á fregar el sitio donde ha puesto los pies el ordinariote de D. Cristeto.

—Tu hermano no es una persona—dice Don Trifón á su mujer.—Es un jabali.

—No le ofendas, Trifón. Acuérdate de que tiene mi misma sangre.



EL NIÑO PERDIDO

Tengo el gusto de presentar á ustedes estos cinco individuos, aragoneses ellos, que dejaron las dulzuras de su pueblecito natal para venir á darse un *verde*, como suele decirse, en las ferias y fiestas que en Barcelona se celebran.

El, el señor de las gafas, se llama don Cirilo Timbalín y ha sido alcalde de su pueblo unos cuantos años. Excusados decir que se ha comido media población, blasonando de honradez, como sucede siempre en estos casos.

Ella, es su esposa doña Ramona Mingoverde, matrona chapada á la antigua, económica, trabajadora y que hace un arroz con leche que se chupa uno los dedos, si este uno es tan gorrino, que llegue á comer con ellos.

Tienen una hija, cuya fotografía va adjunta. Se llama Anastasia y no es maleja ¿verdad?

Ese bigardo tímido que parece que se ha puesto un pañuelo con agua sedativa en la cabeza es Agapito, el chiquitín de la casa. Tiene diez y nueve años y todavía juega al escondite con los chiquillos del pueblo.

Acompaña á la familia de los Timbalines el presbítero don Sinforiano Tremendón, que es quien les ha engrescado para hacer este viaje, que ha sido célebre en los fastos de la citada familia.

Salieron del pueblo en un carricoche construido en tiempo de Carlos IV que les estropeó todos los miembros.

Llegaron á una estación del ferro-carril y se metieron en una tercera de esos coches que debiera tener solamente para ganado la compañía del Norte.

Molidos y sudorosos llegaron á Barcelona, y cargados con el equipaje se dirigieron á una fonda de la Boquería, donde el cura Tremendón había estado ya otra vez.

Don Cirilo quería tomar un cuarto para todos, pero el sacerdote se opuso, porque ¿qué dirían los mozos de la fonda?

Tomaron un cuarto grande para la familia y otro pequeño para el cura.

Comieron unas magras, y sin lavarse los muy sucios, salieron á la calle en esta forma: Delante Tremendón, detrás Don Cirilo dando la mano á su hija, y á continuación doña Ramona llevando de la misma á su hijo Agapito.

Parécían cuatro soldados y un cabo.

Al desembocar en la Rambla y ver tanta banderola, los cinco abrieron desmesuradamente la boca, haciendo ¡ahl más que con extrañeza, con asombro.

Después, el buro de coches y tranvías les volvió locos, y corrían de un lado para otro tropezando con todo el mundo y yendo á parar muchas veces debajo de los caballos.

Unos compasivos transeúntes les pusieron en el paseo central y les dijeron que tirasen para arriba ó para abajo, pero que no saliesen á los arroyos laterales.

¡Qué exclamaciones lanzaban los Timbalines á cada paso! ¡Qué erudición la de Tremendón cuando les decía que el cuartel de la guardia civil era obra de los moros y que en el gran bazar de Colón había visto la luz primera el ilustrado navegante genovés.

Encantados estaban todos, incluso el mismo don Cirilo que nunca se había asombrado de nada.

En esto suena una alegre música. ¡Qué es? preguntan nuestros aragoneses. «La manifestación de los italianos que van á llevar una corona á Colón», les contestan.

La gente se arremolina encima de los Timbalines, doña Ramona suelta la mano de Agapito, y este desgraciado se encuentra solo en medio de la multitud.

Arrastrado acaso por el vértigo de la novedad sigue la manifestación, mientras sus amados padres, su hermana y Tremendón andaban azorados por la Rambla preguntando á cuantos encuentran:

—¿Han visto ustedes á Agapito? Unos se reían, otros decían que habían visto un trozo de él en un carro de cerdos muertos, otros que lo habían llevado á la cárcel por timador... Vamos, que cada preguntado decía la suya.

Mientras tanto Agapito presenciaba la ceremonia sin pensar en nada más que en lo que vela.

Por fin aquello se acabó y Agapito se encontró solo. Entonces se hizo cargo de su situación. ¿Cómo volver á casa?

Echó por el paseo de Colón adelante, llegó al Parque, subió por el Paseo de S. Juan, se perdió por las calles del Ensanche, llegó á Gracia, subió hasta los Jusepets, torció á la izquierda, se metió en S. Gervasio y llegó hasta la Bonanova. Allí se sentó el cernicalo en un banco, y se preguntó: ¡Pero Señor! ¿dónde estoy?

Mientras tanto sus amantes padres, su cariñosa hermana y el celeberrimo cura bebían los vientos por esas calles buscando al niño perdido.

Alguien les aconsejó que fuesen al Ayuntamiento... Fueron allá, preguntaron; no sabían nada.

Les encaminan hácia el Gobierno Civil, llegan, preguntan... y nada.

Don Cirilo había perdido un cristal de las gafas, su mujer estaba desgredada, la niña sollozaba y el cura apretaba los puños y quería excomulgar al mundo entero.

Se dieron las órdenes consiguientes para buscar al chico, y la familia se instaló en el Gobierno Civil como si fuese en su propia casa, para esperar noticias halagadoras.

A las nueve de la noche, por fin, vino un guardia civil trayendo de la mano á Agapito.

¿Qué había sucedido? Pues nada, que el angelito se había pasado ocho horas en el banco de la Bonanova llorando como una triste Magdalena.

Un guardia civil que pasó por allí, le vió, le consoló, y Agapito se agarró á su mano diciendo que se había perdido, y de este modo llegaron á las oficinas del Gobierno.

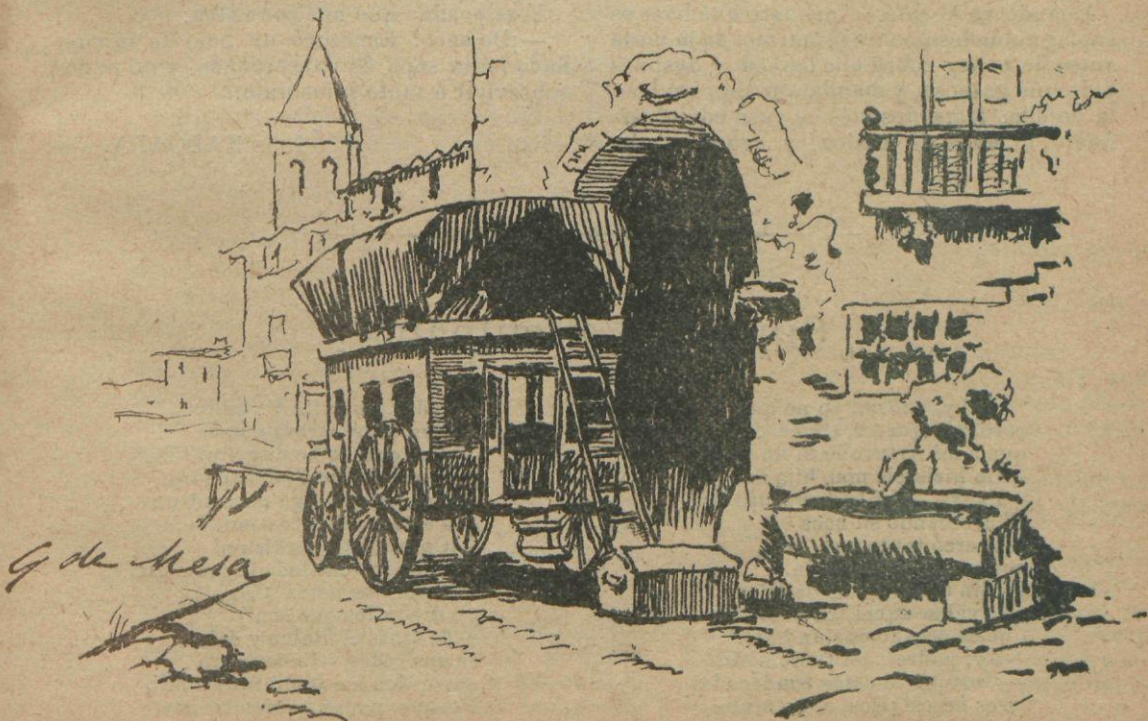
Cuando allí vieron á aquel bigardo echaron á toda la familia fuera, pues en el Gobierno creían que se trataba de una criaturita de cinco años.

Una vez los Timbalines en la fonda de la Boquería, se abrazaron llorando todos y resolvieron volver al pueblo, como así lo hicieron al día siguiente.

No sin suspirar antes pensando en el trozo que habían de andar en ferrocarril, y en lo que habían de sufrir en el carricoche que les había de volver á los patrios lares.

Pero se fueron benditos de Dios sin ver más fiestas que las que ellos mismos hacían al imbecil Agapito.

Daniel Oñiz



—Lo que te digo es que no hay otra persona más ordinaria en toda la provincia. ¡Un hombre que no se ha lavado desde el 76, cuando se cayó de cabeza al estanque chino!...

—Ya sabes que antes no era así; pero ha sufrido mucho y eso basta para que descuide su aseo personal y no piense en mejorar el físico.

—Antes era un hombre cuidadoso, que se cortaba las uñas todos los lunes, y tenía un cepillo para los dientes y otro para las botas, pero desde que se ahogó la que iba a ser su esposa, perdió el gusto para todo, y duerme vestido, y hay que mudarle la camisa por sorpresa.

—No veo la razón...

—Aquello fué horrible. ¡Una chica tan guapa y morir así!

¿Cómo?

—Estaba limpiándose los dientes con un pedazo de gamuza—porque era una mujer de mucha disposición;—de repente fué a dar un suspiro y se tragó el pedazo.

Aun con esta explicación, el droguero sigue teniendo a su cuñado por un ser inaguantable, porque para D. Trifón, el que no se lava bien, es un pillo que no merece los sacramentos ni debe vivir entre personas.

¡Qué pocos amigos verdaderos tiene don Trifón! A este no le puede ver porque le ha sorprendido varias manchas en la ropa; a aquel le aborrece porque no cuida los dientes de arriba, y al de más allá le desprecia porque se deja crecer la uña del dedo gordo de la mano derecha, y parece el pico de un loro.

Cuando vá al café, lo primero que hace es soplar cuidadosamente el mármol de la mesa antes de poner sobre ella los codos; después pide una gaseosa, y manda que limpien bien la botella; frota después el vaso con el pañuelo, lo mira al trasluz, y cuando se ha

convencido de que no tiene molécula alguna de polvo, se sirve por sí mismo la gaseosa no sin decir antes al mozo:

—¡Hombre, Juan! ¿Cuándo te cortas ese pelo?

D. Trifón casi nunca dá la mano, porque dice que no tiene confianza en el cutis de los demás, y si alguna vez se ve obligado á coger la petaca de un amigo, se apresura á humedecerse los dedos en la copa del agua y después se limpia con el pañuelo.

Ahora está muy preocupado, porque á su dependiente le ha salido un granito junto á la nariz, y D. Trifón no quiere ver aquella carnicería, como él dice.

—Manolo, tápate eso con cualquier cosa. No puedo soportar la presencia de ese tumor,—exclama todo enojado.

—No es tumor, es un granito sin importancia.

—De todos modos, debes evitar que las personas limpias y decentes tengamos que fijar la atención en esa protuberancia.

Y el pobre dependiente se ve obligado á andar por la droguería con la cara tapada, porque le ha dicho D. Trifón terminantemente:

—Una de dos, ó me evitas el enojo que me produce la vista de ese grano, ó te remito á casa de tus padres para que te enseñen á ser limpio y á respetar el decoro de tus superiores.

Buena desgracia tiene D. Trifón.

El mejor día vendrán á decirnos que ha dejado de existir; y preguntaremos con el natural interés:

—¿De qué ha muerto ese hombre?

Y es posible que nos contesten:

—¡De asco! Encontró un pelo de su cuñado en la sopa de macarrones, y no pudo sobrevivir á tanto infortunio.

LUIS TABOADA.

¿Quien fué el culpable?

—¡Ay, padre, yo no quería pero, sin querer, confieso que á mi Arturo le dí un beso.

—Lo hicisteis mal, hija mía.

—Padre... ¡lo hicimos muy bien!

El acercando su boca la acercó tanto que, loca, acerquéla yo también.

—¡Sin tener temor de Dios!

¿No sabía aquel travieso

que es pecado dar un beso?

—Ay, padre... ¡si fueron dos!

—¿Dos ¡Si ya estás condenada!

¡Dos besos! ¡Dos, cielo santo!

—Padre, no grite V. tanto que ya estoy avergonzada.

—¿Por qué no he de gritar? Dí, ¿le temes á Dios?—No, padre;

temo... que lo oiga mi madre

que está casi junto á mí.

—¡Corres á tu perdición!

—(Se ha incomodado conmigo

solo por dos besos. ¡Digo!

¡Si dijera los que son!)

—Te tentó el diablo y caíste

en sus redes.—Le aseguro

que quien me tentó fué Arturo

Porque, padre, ¿quien resiste

su sonrisa seductora,
sus labios que amor juraban
y sus ojos que miraban...
como V. me mira ahora?
—No grites, niña... ¿Y qué más?
—Que mira V. con amor...
—Pss... ¡no grites por favor
que está tu madre ahí detrás!
Sigue.—Pues nada, que Arturo,
sin decirme «toma un beso»
me lo dió.—Pues, hija, de eso
tu eres culpable.—Le juro
que no tengo culpa yo.
—Sí, hija, sí; la culpa es tuya
—Pues por más que V. me arguya
He de probarle que no.
Estábamos solos, padre...
—¿Conque solos, hija mía.
—Sí; solos, yo no quería
pero... ¡nos dejó mi madre!
—¿Y qué?—Que acercó su cara
mirándome de tal modo
que me lo decía todo
sin que su boca me hablara.
Después, sentí un no sé qué
cuando él acercó su boca...
yo, padre... yo estaba loca...

¡y también yo la acerqué!
después, ¡hágase V. cargo!
sonó el beso y le confieso
que yo no sé si aquel beso
fué muy corto ó fué muy largo.
Yo, padre, yo no quería!
¿Tuve yo culpa?—No á fé.
No la tienes, no.—¿Ve usted
como no fué culpa mía?
—El era el que te tentaba
y á el solo debo culpar.
—¡Eso no!—Sí, que al pecar,
del pecado él se encargaba.
—Pero, padre sepa usted
que no es culpa de él tampoco.
El... ¡dice que estaba loco!
¡Que fui yo quien le tenté!
que al verse en mi compañía
no lo pudo él evitar.
Póngase V. en su lugar...
—¡Con mucho gusto, hija mía!
—El, al verme tan amable...
—Calla ya porque sino...
¡Aún me harías ver que yo
soy el único culpable!

ANTONIO SERRA.

Macarrones á la italiana.

—Vamos á ver, don Casto: ¿Cual es su plato favorito?—preguntaba doña Romualda, respetable hembra *de pelo en pecho*, y pupilera por añadidura, á uno de sus huéspedes.

—Los macarrones á la italiana—contestó don Casto.

—Bueno; pues el día de San Miguel los pondré para celebrar el aniversario de mi marido.

—¿Cómo! ¿Su marido se llamaba Miguel?
¿Luego V. es viuda?

—¡Quia! Mi marido, que aún vive, se llama Barbaro Silvestre.

—Pues entónce ¿qué aniversario es ese?

—Verá V., don Casto: como todo el que se llama Bárbaro lo es, mi marido, que se llama Bárbaro Silvestre, es dos veces bárbaro. Apenas nos casamos, empezó á darme mala vida. Un día, al volver del fiato, me encontré con las medias colgando, y sin decir «agua vá» *paf* me estrelló en la cabeza una Santa María del mismo nombre; otra vez, encontró en la ropa un guardapelo que me regaló cuando éramos novios, y cogiendo el cucharón ¿sabe V. lo que hizo?

—¿Qué?

—Pues... se sirvió sopa y empezó á comer tranquilamente ¡Es muy brutal! Al fin se enamoró de una prima quinta del cuñado de la suegra de un primo del cochero de

Bosch, y con la esperanza de que lo ascendan, se ha ido con la otra Esperanza, y me ha dejado tranquila.

—Bien. ¿Y qué tiene que ver toda esa relación con San Miguel?

—Pues que ese día, hace un año justo que se fugó mi marido con la Esperanza.

—Enterado. Voy á la Deuda, y á pedir á Dios que me dé salud para llegar al día de San Miguel ¡ay! doña Romualda, ¡no se puede V. figurar las ganas que tengo de comer macarrones á la italiana!

**

—¡Don Casto!... ¡Don Castooo!

—Ya voy amantísima patrona; me estoy mudando la elástica.

—No diga V. esas cosas, don Casto, que se resiente mi pudor.

—¿Al fin tenemos macarrones?

Y otras muchas cosas que verá V. cuando se levante. Además, he convidado á la familia del segundo y tendremos música de viento.

—Vaya, ya estoy visible—dice don Casto, saliendo á escena á semejanza de las aves de rapiña.

Don Casto Notecaigas era en la actualidad un escribano retirado del trabajo, más no de la usura, pues prestaba dinero con el *sesenta por ciento* y garantía... del receptor. Vestido con una bata verde (de puro vieja), gorro verde y espejuelos verdes también; parecía un mocuelo enlodado.



LA DOLORA.

(Dibujo de Conrado Kiessel.)

—Pues sí, señor don Casto; hay más cosas, ya las verá V.

—¿A qué hora cenaremos?

—A las nueve.

—Bien. Entónces no almorzaré; quiero darme un atracón de macarrones. Ahora me iré á misa; á las doce, á ver si puedo cobrar alguna cosilla á mis deudores, y á la una tomaré unos bizcochos con Jerez en el convento de las Capuchinas. ¡Ea!, hasta luego, mejor dicho, hasta la hora de los macarrones.

Rodean una mesa (de madera indefinible) cinco personas que charlan desmesuradamente, lanzando de cuando en cuando bostezos dirigidos á la cocina, de la cual viene un olorcillo que se introduce en las narices haciendo cosquillas.

—¡Que vienen!... ¡Que vienen!...—aparece gritando doña Romualda.

—¿Quién viene?—preguntan los comensales armándose de cuchillos y preparándose á la defensa.

—Tranquíllicense ustedes; los macarrones.

—¡Bravo!... ¡Bravísimo!—grita don Casto, abriendo más boca que un concejal de nuevo cuño.—¡Voy á ser feliz esta noche!

Cumpliendo su ofrecimiento, don Casto no olmorzó para atracarse de macarrones, cosa que hizo á las mil maravillas, pues se comió cuatro platos de tan sabroso manjar.

Después de los macarrones, se comió merluza... pasada, albóndigas de ropa vie-

ja, calabacines rellenos... de miga de pan y postres variados, en lo que cabe la variedad de un cuarto de kilo de pastas; y después de haber comido todo esto, el vecino del segundo hizo música en trombón.

A petición de su señora, tocó *Las pulgas de Putifar* y *La marcha de los fantasmas*, ambas interpretadas magistralmente.... mal. Pero no fué esto sólo; cuando más tranquilos estaban escuchando la melodiosa *marcha*, empezaron á desfilar todos, á paso redoblado, en dirección de cierto cuartito reservado.

Aquello fué terrible: don Casto se puso á la muerte, echando la culpa al trombón del vecino; doña Romualda también quedó mal parada, quejándose interiormente de haber hecho aquel exceso, y la familia del segundo se retiró á su cuarto presa de los mayores sufrimientos.

A las once se agravó de tal modo don Casto, que hubo necesidad de llamar al médico, el cual, apenas reconoció al usurero, exclamó:

—¿Qué ha cenado este hombre? ¡Está intoxicado!

Después de un ligero reconocimiento dijo el doctor:

—Señor, su enfermedad consiste en que los macarrones á la italiana han sido guisados con jabón, en lugar del queso.

—Desde este momento—rugió solemnemente don Casto—juro no volver á comer macarrones en ningún guiso, ni vivir entre patronas *culino-jaboneras*.

ESTANISLAO MAESTRE.

Menudencias

Elogiando á Luisa Mir decía ayer doña Rita:

—A Luisa, la pobrecita no la oye nadie mentir. Pero, según Sacramento, es cualidad que se explica puesto que la pobre chica... ¡es muda de nacimiento!

Hace ya tiempo que Andrés no pone los piés en casa

—¿Cómo ha de ponerlos, Blasa si quedó cojo hace un mes?

pero de casa de Prado he venido aquí derecho. Y mi vecina Jacoba una chica de salero dijo: «¡Jesús que embustero!» mirándole la joroba.

Mandó «El Cencerro» comprar Isabel á Bienvenido, sintióse después un ruido y dijo á Lucas Balar: diré sin temor á yerro que sube ya mi marido.

—¿Y cómo le has conocido?

—¡Pues en que trae *el cencerro*!

El jorobado Barbecho dijo ayer:—habré tardado,

José DOZ DE LA ROSA.

Idilio



E pasaba horas y horas contemplándola. Estaba hermosa con su original atavío: saya de mil colores á fuerza de remiendos, pañoleta negra, pintada de verde por el tiempo, y en la cabeza, aguantando las greñas que en desordenadas madejas seguían la dirección del viento, un pañuelo de algodón de colores chillones y anudado bajo la barba; calzaban sus pies, sendos zuecos rellenos de paja y mostrando por fuera caprichosos dibujos hechos con clavos de herradura...

Así la veía todas las mañanas al levantarme. Despertábame el ruido de sus zuecos al chocar contra el embalsado patio, y llegaba á mi cabeza aquel estruendo, como agradable música de chirrimias que me trasportaba dulcemente del sueño á la atornadora realidad de la vida.

Vestíame, luego, y en mangas de camisa acercábame á la ventana, cuyos cristales empañados por el frío de la mañana, me privaban de verla; entonces, escribía yo cualquier cosa ó echaba manotada, impaciente, que rasgaba aquel velo, y pegando las narices al cristal me extasiaba mirándola.

Levantaba, luego, ella, los ojos y balbuceaba unos «buenos días,» que yo traducía por «¡gandulote!»; y sonrojada, cogía el yugo, uncía á él, un par de bueyes que babeando en un ricón le dirigían tiernas miradas; colgaba de un asta la cesta del almuerzo y empuñando el aguijón salía al campo, delante de ellos.

Entonces, acababa yo de vestirme, pedía mi vaso de leche y salía también al campo.

A veces llegaba yo antes que ella, y parábame á examinar donde terminó la yunta del día antes; tocaba el arado con curiosidad, pasaba el dedo por la capa de moho que lo cubría, y probaba, por último de levantarlo, cosa que jamás conseguí.

A lo mejor oía el sonido de las campanillas del ganado, ó escuchaba su voz robusta cantando algún aire del país, y salía á recibirla, cojiendo algunas veces el aguijón con el que conducía los animales al campo.

Entonces relase ella y mostraba sus preciosos dientes, relame yo también, y relanse las vacas, á su modo: sacando la lengua y alargando los hilos de baba que colgaban de sus hocicos; y hasta el mismo horizonte se reía, dando paso en sus carcajadas á un sol que alumbraba aquella escena coloreando los contornos de los objetos, de irisados colores.

Por fin llegábamos al campo. Sentábame yo en cualquier sitio, abriendo un libro de poesía, ó me ponía hablar con mi compañera.

Eran siempre nuestras conversaciones, cuando no de agricultura, de diversiones, de lo que pasa en Madrid ó en otra capital. Contábale algo de teatros, de bailes, de paseos; y tanto se embobada oyéndome, que se paraban las vacas, y quedábase como si tal cosa... y escuchándome siempre.

Advertíala yo su descuido, y empujadas por el aguijón, volvían las vacas á moverse, y á seguir las yo, á buen paso, hundiendo los pies en aquella tierra recién labrada, hablando siempre, hasta que jadeante, sin fuerzas, iba á sentarme al borde del camino.

Allí iba ella al poco rato, sonrosado el cutis y latándole el seno, á causa del trabajo, y sentándose á mi lado, destapaba la cesta.

—Va usted á almorzar conmigo—decía en su dialecto.

—¿Yo? No; gracias. Acabo de tomar un vaso de leche.

—¿Y eso qué importa?—contestaba ella, alargándome un tomate y pan.

—Y no había más remedio: había que almorzar con ella, y confesar que el pan moreno era mejor que el blanco, y que el vino bebido en *bota* era mejor que en una copa de Baccarat. Y todo lo confesaba yo para contentarla. Todo. Hasta la dije un día, que sus vacas se parecían á las de cría del duque de Veragua.

Y vuelta á la risita, vuelta á querer saber ella las cosas del gran mundo, y á explicarlas yo, y suplir con la fantasía lo que no alcanzaba la práctica.

Entonces, mirábanos la jente que pasaba por el camino. Mirábanos, riendo, si eran mujeres, y si eran hombres añadían á la sonrisa algún comentario.

Luego del almuerzo venía el calor, el recibir aquellos rayos en la cabeza, que colándose por entre las pajas del sombrero, iban derecho al cerebro, con intención de derretirlo.

Entonces me marchaba. Decía alguna picardía á la chica para que quedase contenta; espantaba alguna mosca á las vacas; y al llegar á la Fonda ó lo que fuera, escribía á mi familia interminables descripciones del país.

Pero yo no sé qué diablos se me metió en el cuerpo, que á los pocos días no me contentaba ya con aquellos paseos, ni con ver á uncir las vacas desde mi ventana, sino que quise estrechar más las relaciones.

Y así se lo dije un día, en una alambicada declaración, estando los dos sentados en el suelo y frente los restos del almuerzo.

Se lo dije, y como acogiera mis palabras con risas, creí que accedía á mis deseos; y quise al punto sellar el pacto con un ósculo

¿QUÉ LEEN Vdes. DE UN PERIÓDICO? *por Cilla.*



El artículo de fondo.



La bolsa.



Noticias de clases pasivas.



Revista de salones.



La de toros.



El folletín.



Los avisos útiles.



Para ver si se ha encontrado rastro del robo de anoche.



Descripción de un banquete.

LA GUASA
OBRAS DE MISERICORDIA, por Caro.



...Pero, ¡grau memo! por un vasq de agua más ó menos no va á quebrar el establecimiento.

de amor.

¿El final del idilio? Pues un pié de paila como para ella sola que la propinó cierto *sátiro* que andaba bebiendo los vientos por sus gracias, y que, trabajando en el campo lindante con el nuestro vió mi acti-

tud y su resistencia; y por mi parte, una carrera que no paró hasta dar con mis huesos en el desvan de la posada para escapar de las iras de aquel Otello con boina y alpargatas.

N. G. V.

La sesión extraordinaria.

Por el socio D. Lucas Rebosado finamente invitado, anoche tuve el gusto, ó por mejor decir, tuve el disgusto, para corresponder á su atención, de asistir á la espléndida sesión que el «Centro de la Historia» celebraba, según ya de antemano se anunciaba. Y á pesar de decirme Rebosado bastante entusiasmado, que la sesión sería prodigiosa, no supe ver lo bueno de la cosa.

Sentado en una silla que no tenía muelles ni regilla, sino de esas de paja, reforzada, muy pobre... pero honrada, me estuve por espacio de una hora oyendo aquella gente historiadora cuyos discursos todos, muy cargantes, parecieronme poco interesantes.

Usó de la palabra el presidente tratando en un *speech* muy elocuente, de si Carlos I el Hechizado llevaba el pantalón algo rozado; motivo por el cual hubo un día una bronca general, porque el rey, el señor de la nación, tenía solamente un pantalón.

Verdad es que antes no era raro el caso porque el cuerpo de aguja andaba escaso. Describió en brillantísimos periodos los tiempos de los reyes visigodos, haciendo un hincapié en Teodoro que tuvo el vicio de chuparse el dedo y otro en Amalarico porque nunca soltaba un perro chico.

Terminó su discurso. Lo aclamaron, y así se despertaron los que á pesar de su celoso empeño llegaron á ser víctimas del sueño y hasta un cojo, modelo entre los cojos, le decía, frotándose los ojos, al digno presidente —Amigo; ha estado usted *incandescente*. Prosiguió la sesión. Otros hablaron, cuyas frases también se celebraron, como se había hecho anteriormente con las del Presidente.

Y á eso de la una, conseguí escabullirme por fortuna dejando así burlado al bueno de don Lucas Rebosado. Jamás se borrará de mi memoria la velada del «Centro de la Historia».

SALADIN.

Los distraídos



Los les libre á ustedes de esos sujetos que con el pretexto de la distracción, abusan de los que están en su cabal juicio á todas horas.

Admiten dos divisiones: los distraídos *per se*, y los distraídos por conveniencia. En ambos casos pueden cojerse al vuelo coloquios extremadamente cómicos, excepción hecha de los que resultan tragi-dramático-espeluznantes.

¿Que no tienen lugar estos últimos? Vaya que sí. Basta saber el desgraciado fin de un miembro de la Protectora de animales y plantas, que tuvo el valor de fumarse un coracero de á diez céntimos, por haberse olvidado una noche de regar las macetas y echarle agua al perro.

El infeliz espiraba á los tres días, víctima de una congestión en los conductos respiratorios; pero murió con la conciencia tranquila. Con su sistema de destrucción había protegido la industria nacional. La verdad es que estos casos son los menos.

El tipo característico de los distraídos es D. Secundino Lapa, uno de esos hombres que usan gorro de dormir (cuando no se le olvida) y le pone azúcar á la sopa, cuando las circunstancias se lo permiten.

Estas circunstancias vienen dignamente representadas por un sueldo de seis mil reales...

Es la distracción con espejuelos: el pobre es tan corto de vista como largo de lengua, hasta el extremo de que un día en la oficina le estuvo echando arenilla al pan con mantea, confundiendo con un expediente que tenía al lado.

Este, al fin y al cabo, era un distraído por temperamento.

Y ahora vienen los más terribles: los que

se distraen.

Uno de esos conozco yo que no sube á un tramoia donde no vaya un amigo íntimo, como él les llama.

Entonces ya se sabe; enseguida un parafillo hasta que se acerca el cobrador; saca una libreta del bolsillo interior de la cazadora y empieza á leer en voz alta la última sesión del Congreso y... nada; que la cosa para en un sablazo de á perra grande, á cambio de un—¡Hombre!... ¡Cuánto lo siento!

Un día encontré con uno de sus abonados, que había recibido la noticia de haber un alma generosa salvado á su suegra de las ruedas de un simón; de modo que, calculen ustedes como estaría el pobre.

El caso es que antes de dos minutos el yerno-víctima llevaba la mano al bolsillo y le decía al otro entregándole una moneda de á diez céntimos:—Aquí tiene usted el pasaje, pero hoy *distraigase* usted con otro cualquiera.

Hay luego los que se distraen cuando comen en casa ajena. Sé yo de uno que cada vez que le servían el vino, era víctima de un exceso de los que no terminaba antes de que el vaso estuviese completamente lleno, y añadía luego con fingido asombro:—Pero, ¿van ustedes á emborracharme? Vaya, que no puede uno distraerse ni para toser—y apuraba el néctar de un tirón.

Lo cierto es que entre estas dos clases no sé cual elegir: si los que echan el cigarro y se quedan con el fósforo, ó los que se olvidan todos los meses de pagar al casero lo que renta el cuarto.

Ahora ya están ustedes advertidos, conque... no distraerse.

PENEQUE.

Publicaciones recibidas

«El manicomio» semanario festivo que se publica en Granada.

Seguiremos el cambio, querido colega.

NOTA:

Por exceso de original, retiramos los «Infundios» que teníamos preparados para esta semana.

CORRESPONDENCIA

T. de M.—Lo de ahora es bastante flojillo.

E. M.—Madrid.—Mil gracias por su felicitación, por sus trabajos, y por su ofrecimiento. Ya sabe V. que en esta redacción tiene amigos que le aprecian.

E. Ll. O.—Madrid.—Recibido el importe de la suscripción. Respecto á su proposición queda aceptada siempre que los trabajos sean imparciales y cortitos.

P. Lusa.—Madrid.—Ya vé V. que van. Le doy las gracias por su envío.

Moreno.—Barcelona.—Oiga V. niño: para desacreditarse en materia literaria basta con mandar epigramas de «El Fandango» no es necesario copiar cantares haciéndolos pasar por originales, como los que V. me envía esta semana.

S. R. A.—Madrid.—Resultado muy inocente.

S. M. V.—No se desanime V. La idea de su composición me gusta; pero creo se puede expresar en menos versos de los que V. emplea.

Mande algo cortito y verá de complacerle.

R. S.—Cartagena.—Sr. mío: para ser colaborador de pago es preciso ser muy conocido en el mundo literario ó haber trabajado durante algún tiempo para el periódico. Siento pues no poder aceptar sus condiciones.

L. O. V.—Ciudad Real.—Irán algunos cantares en el número próximo. Cuando vuelva á remitirnos sellos no los mande V. móviles pues no los admiten en correos.

S. B.—Barcelona.—Queda V. complacido.

UN EPITAFIO

(Histórico)

—Se que es V. un gran poeta.

—Señora...

—Y yo venía para que me hiciera usted un Epitafio enseguida.

—¿Un Epitafio? ¿Usted ignora que no se hace á las vivas?

—No importa, usted es poeta y quiero que me lo escriba.

—Pero señora, esto es cosa que lo escribimos encima de una losa en señal de difunto...

—Es manía, si usted quiera puede hacerlo y ágamelo aunque viva.

—Pues bien, detrás de esta puerta póngase usted señorita,

como si muerta estuviera. Un momento ella lo mire

al poeta y de pronto detrás la puerta se tira.

—Ahora bá; Dice el poeta, aguantando la risa.—

El Epitafio que usted con tal manera suplica.

Descansa, detrás la puerta, una mujer que no es muerta.

S. B.

Y, ahora, descansemos nosotros, que buena falta nos hace.

Quedan originales sin examinar.

ADVERTENCIA

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores, que SOLO DURANTE ESTA SEMANA admitiremos suscripciones á los reducidos precios que van al dorso.

Las mejoras que hacemos en nuestra publicación y los crecidos gastos que estas originan, nos obligan á aumentar los precios de suscripción desde el número próximo.

Imp. de P. Ortega, Aribau, 13.



MÚSICA CLÁSICA

LA GUASA

PERIODICO FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

en el que colaboran

NUESTROS MEJORES ESCRITORES

Y DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ESPAÑA		EXTRANJERO		ULTRAMAR	
Tres meses.	1'00 pta.	Tres meses.	1'50 pts.	Tres meses.	2'00 ptas
Seis "	1'75 "	Seis "	2'75 "	Seis "	3'50 "
Un año.	3'50 "	Un año.	5'50 "	Un año.	7'00 "

Número suelto, 10 céntimos

Número atrasado, 20 céntimos

REDACCION: Rosellón, 80, 1.º, 2.ª, Gracia (donde se dirigirá toda la correspondencia.

ADMINISTRACION: Kiosko EL SOL, de D. P. Gallardo, Rambla del Centro (donde se dirigirán los pedidos)